

www.elboomeran.com

ÉXODO

DJ STALINGRAD

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



El sol pega fuerte. El cielo es azul claro y el agua del mar de color añil, como en nuestra infancia. Vamos subiendo la colina de la ciudad vieja, donde los muros de la antigua fortaleza, serpenteando como un dragón de piedra, han desparramado sus anillos. Por todas partes se ven casas abandonadas, no pueden echarlas abajo ni rehabilitarlas, la mayoría están ocupadas por gitanos. Nosotros también estamos buscando una casa nueva. Subiendo por una callejuela adoquinada, muy, muy arriba, prácticamente en lo más alto, la hemos encontrado.

Es un chalet no muy grande, blanco y pulcro; dos pisos, un emparrado y una galería. Hemos comprobado la luz: había luz; hemos comprobado el agua: también había; gente: no había un alma. Ha sido llegar y besar el santo.

He sacado un sillón a la galería. Hace calor, y eso que estamos en diciembre. A nuestros pies: tejados rojos, el puerto, la bahía y en el horizonte montañas nevadas. En medio del desbarajuste, he encontrado en la casa unos libros en idiomas extraños y un cuaderno a rayas, y en ese estoy escribiendo. Hacía mucho tiempo que no tenía ganas de escribir, pero ahora sí que tengo ganas. Lo necesito. Estoy más relajado y me limito a anotar imágenes, una tras otra, tal y como me vienen a la memoria. Han vivido todo este tiempo en mi interior, me han habitado y me han atormentado, no era capaz de pensar en otra cosa. Ahora, según voy redactando estas notas, con cada

página uno de los demonios que han estado suspendidos encima de mí, aferrados a mi cabeza, me abandona y adopta un nuevo envoltorio: en el papel. A medida que escribo, me siento más aliviado, voy trasplantando todos mis sufrimientos a estas páginas, las cuales, como siempre, aguantan lo que les echen. Realmente me siento aliviado: recuerdo para olvidar.

Estoy con Zhenia en casa de una amiga en Petrogrado¹. Tras la ventana nieva con ganas, sentimos añoranza. Hemos dejado nuestra ciudad natal, a la que nos unen tantas cosas. Al final, los de la policía antidroga han decidido apretarle las tuercas a Zhenia, tienen su casa vigilada. Roma fue a visitarlo: le dieron una paliza en el coche, después lo tuvieron dos horas desnudo, en cuclillas, hasta que expulsó la heroína del cuerpo. Ahora estamos aquí, le he metido un chute en vena, y Zhenia está tan a gusto. Unas tías nos dan de beber, y yo tengo ganas de hablar de cosas serias, de ponerme melancólico. Pongo una recopilación de romanzas de Vertinski².

—Hace ya tiempo que tenías que haberte mudado, Evgueni. De haber seguido en Moscú, o acababas en la cárcel o palmabas de sobredosis, no había otra.

—Sí, ¿te acuerdas de que por poco no la palmo en Petrozavodsk³?

—Sí, a punto estuviste aquella vez de estirar la pata, te pillamos de milagro. Estuvimos dando vueltas con

1 Petrogrado (en ruso, *Petrograd*) fue el nombre oficial de San Petersburgo entre 1914 y 1924. N del T. (Todas las notas numeradas son del traductor).

2 Aleksandr Nikoláievich Vertinski (1889-1957), compositor, poeta y cantante ruso.

3 Capital de la república de Carelia, en el NO de la Rusia europea; la ciudad, situada a orillas del lago Onega, tiene unos 270 000 habitantes.

nuestros autobuses por toda la ciudad, y en una de esas miro y te veo junto a un semáforo, con los ojos en blanco. Nunca he acabado de entender por qué te metiste aquellas quince gotas.

—Bueno, se me ocurrió probar, la cosa salió sola. Yo ya había elegido hacía tiempo. No me acuerdo de nada, solo recuerdo que me desperté en el autobús, y ahí estabas tú, con toda la peña, y de repente el corazón va y se me para. Y se hizo el silencio. Así que me di unos golpes en el pecho, con todas mis fuerzas, una vez, dos veces. Funcionó... Compresión torácica, primeros auxilios.

—Primeros auxilios: un buen puñetazo en todos los morros. En el trabajo muchas veces reanimábamos así a la gente. Los boxeadores ortodoxos lo llamaban «tentación».

—Recuerdo que una vez le pregunté a Fedia cómo es que tenía aquellas cicatrices por toda la ceja. Y me dice: «Una vez estaba pedo y me enzarqué en una pelea. Acabé inconsciente. Me llevaron a las “urgencias de borrachos”: la sección de traumatología para enfermos mentales. Me despierto en plena noche en una mesa de hierro, porque un tipo me estaba cosiendo una ceja a lo bestia, como a un perro, y encima me estaba fumando en toda la cara. Me hacía daño, y yo estaba borracho, así que mi primera reacción fue atizarle en todos los morros. En ese mismo instante llegaron por todas partes unos tíos con batas blancas, eran como neveras; me dieron bien de hostias, me dejaron tirado en la calle, en plena helada. Eran las cinco de la mañana, no sé ni cómo llegué hasta el metro, no me enteraba de nada, tenía la ropa tiesa con toda aquella sangre reseca. No llevaba dinero para el billete. La vieja del torniquete va y me dice: “Pasa, hijo;

otro que viene de las urgencias de borrachos...”». Fedia tenía historias como esa a montones.

—Sí, me acuerdo de que hará unos cinco años fuimos a Kírov⁴, y él se tiró todo el viaje contando cosas del trabajo, de todas aquellas fábricas. Contaba cómo jugaban a las cartas en el taller, borrachos, y enganchaban al perdedor a una grúa y lo dejaban colgado por encima de los hornos Martin-Siemens. El tipo chillaba, achicharrado, y todos se descojonaban... O cómo hacían competiciones, saltando por encima de las bañeras de ácido. O lo de los mandiles, ¿no sabes esa?

—No.

—Estaba trabajando en una fábrica, en los talleres de carpintería, y si uno se emborrachaba en el trabajo, hacían lo siguiente: tenían allí unos mandiles de lona, te ponías uno de esos mandiles, lo clavabas al jodido armazón y allí ya no había forma de caerse. El encargado del turno entraba a echar un vistazo, y todos los del taller estaban ahí de pie, bien clavaditos...

—Sí, esa es buena. Llevaba trabajando de ese modo desde los catorce años, más o menos...

—Pues sí, muchas veces pienso... y él mismo lo decía... que no se lo había montado del todo mal. Que el destino le tenía reservada una existencia insulsa, llena de miserias, una mierda de vida, pero que él se lo había pasado en grande, y había sabido salir adelante. Me contaba una vez que se había encontrado con un compañero de colegio que trabajaba en una oficina; el tío llevaba puesta una americana barata y no paraba de sonreír; se tiró una hora entera contándole que tenía una bicicleta

⁴ Centro administrativo del *óblast* de Kírov; la ciudad (llamada Jlýnov hasta el s. XIV y Viatka hasta 1934) se sitúa a unos 900 km al NE de Moscú y cuenta aproximadamente con medio millón de habitantes.

estática nuevecita y presumiendo de que era un tío con clase. Fedia estaba cansado, resacoso, acababa de salir del trabajo, y va el otro y le pregunta: ¿Y tú qué has conseguido? A Fedia le sentó como un tiro y le soltó: «Bici estática no tengo, llevo una vida miserable, pero eso sí, ayer mismo, en la avenida Riazanski, le sacudí a un tío con un cubo y hubo que llamar a una ambulancia...».

—Solo hay una cosa que no entiendo, y es cómo no estamos todos en el trullo.

—Pues ya lo ves, no estamos en el trullo, y estamos aquí en Píter⁵ oyendo a Vertinski, Fedia está en la tumba, Kolia entre rejas... Cada uno tiene lo suyo, como suele decirse.

—Sí, la verdad es que lo de Kolia no se entiende, no sé cómo ha podido andar suelto todos estos años... Como aquella vez que íbamos puestos hasta arriba y a la entrada del metro nos dio un subidón; nos echamos encima de unos pijos, él con la pipa, yo con un machete. Fue la hostia, parecíamos unos bandidos mejicanos, esperamos en el metro a que se nos pasara el colocón, espalda con espalda, enarbolando las armas; los maderos estaban todos escondidos.

—Y eso que ya llevabais tiempo en búsqueda y captura, pero seguáis en activo... La pistola aquella no paraba. Va el tío una noche y se mete borracho en un vagón de metro, saca la pipa y grita: «¡Por Stalin!». Los pasajeros salieron todos echando leches...

—O aquella vez que entramos con un pedo tremendo en una tienda, y empieza él a pillar botellas de vodka y de coñac, le asomaban de todos los bolsillos. Nos acercamos a la caja, Kolia está pagando unos chicles, y va y se

5 Nombre coloquial de San Petersburgo.

le sale la pistola de la chupa y cae justo en toda la cinta. Pidió disculpas, cogió los chicles y se largó, los vigilantes se limitaron a apartarse y dejarle pasar...

—Bueno, depende, no siempre es igual. El verano pasado, en una situación muy parecida, sacudió a un guarda con un expositor de cigarrillos y le abrió la cabeza, y después la cabeza se la abrieron a él... Toda la noche lo estuve llevando de urgencias en urgencias...

—Sí, no tenía medida, era como si pasara de todo.

—Bueno, la verdad es que no tenía nada que perder: es una familia de lo más pobre, los padres están jubilados... ¿Qué iba a hacer? No quería trabajar de camionero... A mí me ha pasado lo mismo: cada vez que me he puesto a currar, ha sido un desastre. Solo me va medio bien cuando me lo ponen a huevo o cuando algo me cae del cielo. Mira, por ejemplo, este último año no he dado un palo al agua, he estado haciendo todos esos conciertos, y en mi vida había tenido tanto dinero. Es muy interesante, la gente te respeta, hay pasta, y no hay que trabajar... Este verano ha habido unas fiestas increíbles...

—Sí, yo también he vendido un huevo en esas fiestas...

—Estaba claro que la peña se había vuelto loca; a todo el mundo le daba por rajarse con navajas o con botellas rotas, por sacudir a los colegas con puños americanos; de noche la gente se caía en las hogueras, se achicharraba... Por la mañana se ponía a llover, y todos se arrastraban desnudos por el barro, ¡y los músicos tocando en medio de aquel cenagal! ¡Eso sí que es *rock'n'roll*!

»O como lo de este invierno, en una casa de cultura; yo estaba dando un concierto, y me viene corriendo el director, rojo de ira, chillándome: «¡¿Qué mierda

es esta?! ¡No habíamos quedado en esto! ¡Hay unos tíos pinchándose en mitad del vestíbulo!». Fue la hostia...

—Pues aquí podríamos montárnoslo igual... Cuando ya estemos instalados en Píter, podemos liar cada una... no nos vamos a aburrir.

—No, tú haz lo que quieras, pero yo ya he tenido bastante. Para mí todo eso ha terminado. Cuando mataron a Fedia, en ese mismo instante se me cayó la venda de los ojos; yo estaba como en una especie de trance y de pronto lo vi todo claro. No quiero nada más, no me hace falta, ya es suficiente. Conciertos, salidas, broncas, desmadres, fiestas... todo eso ya no me dice nada. Yo así no puedo seguir.

Vino hasta mí por las negras ventanas de la noche, por las tinieblas de los interminables inviernos moscovitas.*

* Durante la primera mitad de mi vida yo no entendía nada. Había crecido entre estantes llenos de libros y revistas científicas, y era incapaz de comprender por qué mi abuelo, catedrático de universidad, era tan pobre, y por qué los chicos de mi edad esnifaban pegamento y querían ser bandidos de mayores. En la calle la gente se mataba por un miserable rublo, mientras yo me encerraba en mi mundo de libros, procurando no salir nunca de él. Pero eso era imposible, dado el nivel de ingresos que podía asegurar mi abuelo: no tenía más remedio que salir a la calle, y cada vez que lo hacía el resultado era desastroso. No solo me zurraban a mí; por lo visto, todo el mundo se llevaba lo suyo: tanto los niños como los adultos. A nadie le iban bien las cosas, todos eran unos fracasados, y sobre la infinita ciénaga de la indigencia señoreaban unos buitres saciados: bandidos y maderos. Tanto los niños como los adultos se revolvían en esa ciénaga, intentando salir de allí, pero ninguno lo lograba: todos volvían a caer, sangrando. Gente pobre; yo también era pobre. Pero entonces, de pronto, lo entendí: fue como si me lo hubieran soplado. Bastaba con agredir a todo el mundo. A todo el mundo. No escuchar sus historias, no fijarse en

Abrió la ventana y entró en mi asustado corazón infantil, y dijo: «Estás condenado. Todo va a ser un desastre, tu vida va a ser un tormento absurdo e interminable para ti y una molesta carga para los que te rodean. Tendrás que sufrir, después otros tendrán que sufrirte a ti, y eso nunca tendrá fin. He dicho.

»Pero también tienes otra alternativa: inclínate ante mí, sírveme, sométete por completo a mi voluntad, y Yo haré de tu vida lo que se me antoje. Habrá mucha desesperación, mucha estupidez, mucha rotundidad, mucha bajeza... No tendrás nada propio, Yo te daré todo aquello que desee que tengas. En la indignancia, vivirás únicamente de la mendicidad y del robo. A medida que

distintivos y rangos: simplemente, agredir. Era un lenguaje que todo el mundo echaba de menos. Y, en efecto, funcionó. Cualquier mentecato, gánster, nazi, madero o simple palurdo que se llevaba una hostia en todos los morros sin mediar palabra parecía iluminarse de repente, como si en ese mismo instante un círculo vicioso de mierda se hubiese roto en su cabeza. Por un segundo, miraba las cosas de otro modo, y nosotros le prestábamos nuestra ayuda. Desarrollamos un enorme trabajo educativo con los rusos, unos tíos que se estaban portando rematadamente mal en aquellos tiempos y que se iban a quedar sin regalos de Papá Noel.

Estaban los nazis. En esos años todas las subculturas callejeras en Rusia estaban controladas por los grupos nazis. Solo en Moscú había decenas de miles; sencillamente, es que no había nadie más que ellos. Eso a nosotros, lógicamente, no nos hacía ninguna gracia. Adolf Hitler, el Tercer Reich, los judíos: todo ese siniestro y repugnante delirio burgués. Pero lo más repulsivo de los nazis era su total adecuación a la realidad rusa; así, ni más ni menos, había creado la «nueva Rusia» a sus retoños, en marcha hacia el futuro: avariciosos, estúpidos y miserables. Ser nazi estaba de moda, era algo que molaba entre los jóvenes: muchos de ellos, al hacerse mayores, entraban en la policía, hacían carrera en el cuerpo. Era algo nauseabundo y nosotros, sin dudar un solo instante, comenzamos a atacarlos también a ellos. Así empezó todo.

pase el tiempo, recurriré cada vez más a ti, te convertirás en la pieza favorita de mi juego, pero un buen día te cambiaré por otra, te aplastaré y te tiraré a la basura. Así será, puedes creerme».

Me quedé con Él: por medio de la amenaza y el terror, entró en mi corazón para siempre, yo me incliné ante Él y lo acogí en mi interior. Al cabo de unos años llegué a la conclusión de que Él era mi Dios y mi Señor. Aún sigo confiando en eso...